

Alessandro construía mi futuro, llevaba el inclemente sello de la soledad, así decidiera vivir con mis padres.

Aquel ocho de noviembre el destino me marcó para toda la vida. Claro, la marca más profunda la llevé desde que me casé (o me casaron), con el hombre cuyo cuerpo yacía dentro de ese pequeño habitáculo llamado vulgarmente caja de muerto, del que jamás saldría para hacer el bien, o hacer el mal. Por cierto, debo asentar que Bladimir murió Jamás he visitado su tumba en el panteón. Que Dios me perdone.

CAPÍTULO 19

El chofer me preguntó si haríamos la parada acostumbrada en el café de chinos que se encontraba en la calle Bucareli, cerca del Reloj Chino. Le contesté afirmativamente. Nos estacionamos frente a la panadería.

—¿Lo de siempre, señora?

—No, en lugar de bísquets compra el pan más dulce que encuentres en la vitrina, tengo ganas de algo dulce. Lo que quieras, pero que sea dulce, por favor.

Nos dirigimos a la calle de Versalles, donde estaba mi casa. Por la ventanilla vi a un hombre de edad madura, cara cuadrada, facciones imperativas, que caminaba de la mano con una mujer mucho más joven que él. Esperaban cruzar la calle. El rostro de la mujer expresaba angustia. En mi cabeza se agolparon recuerdos. Sentí ira y compasión a la vez. El vehículo frenó intempestivamente por la aparición de un joven que sin cuidado cruzaba la calle.

La casa donde vivía había sido construida en 1950, cuando nací, con los planos de una casa que estaba en París. Estaba pintada de blanco coral, contrastaba con el gris claro de las persianas exteriores de las ventanas. En la noche lucía resplandeciente por la iluminación en el frente. Sobre la mesa del comedor me esperaba una jarra con chocolate caliente listo para servirse en mi taza. Saboreé el pan que recién habíamos comprado en la panadería de los chinos.

En esa ocasión, después de la merienda de chocolate con pan de chinos, me despedí de la servidumbre en voz alta; les deseé las buenas noches. Subí a mi recámara, pintada de gris, tan sombría como la que ocupaba en la casa de Bladimir. En medio del silencio de la habitación escuchaba los latidos de mi corazón. En el fondo de mi espíritu velaba la idea de disfrutar una nueva vida sin recuerdos que me atormentaran. Me cambié de ropa, coloqué mi vestido sobre uno de los dos sillones que estaban dentro de mi recámara. El edredón que cubría la cama había sido retirado por una de las muchachas que me ayudaban. Antes de meterme entre las sábanas, de pie aún, miré el crucifijo colocado arriba de la cabecera de la cama, recé algunas

oraciones, necesitaba reconfortar mi espíritu. Estaba más relajada que las anteriores noches.

¿A quién culpar? Mi madre me llenó de ternuras, ambos me dieron educación y me inculcaron valores. Estas reflexiones caían sobre mi cabeza como densa lluvia.

UNA MAÑANA tocó a mi puerta una mujer de talante afligido. Mi chofer salió para ver quién era.

—¿Qué se le ofrece señora? —preguntó a la mujer que observaba la placa con el número 25 colocado a un lado de la puerta. Quería estar segura que se encontraba en el domicilio correcto.

—Perdone usted, ¿en ésta casa vive la señora Zalia? —dijo la desconocida con voz glacial.

—¿Quién la busca?

—Dígale por favor que soy Rossina, su compañera y amiga de la escuela.

El chofer cerró la puerta, entró, me encontró leyendo un libro de cocina en el estudio.

—Disculpe, señora, en la entrada se encuentra una dama; le pregunté qué se le ofrecía, como respuesta me dijo que se llamaba Rossina, y como referencia me dijo que fue su compañera en la escuela y que también vivió en Papantla.

Al escuchar la noticia de labios de mi empleado una expresión de sorpresa se apoderó de mi rostro.

—¿Quién me dices que es? ¿Rossina? ¿Escuché bien?

El criado, un tanto impresionado por el sobresalto que me provocó la presencia de mi amiga, arqueó las cejas, movió la cabeza de manera afirmativa.

—Pues pásala a la sala y dile que en un momento estoy con ella, ofrécele lo que guste de tomar... dile que el café está sabroso, que me lo traen de Córdoba, Veracruz. Por favor hazlo, es la amiga de mis querencias —repliqué con alegría y sorpresa.

El chofer cumplió la orden. Regresó a la cocina para que le sirvieran un café que llevaría a la visitante. Tres minutos después el empleado regresó con el pedido: el café, azúcar, galletitas de canela, una cucharita y una servilleta. Su semblante se relajó, brillaron sus ojos. Buscó la fotografía de mi boda con Bladimir, no la encontró; comprendió por qué no estaba a la vista. Se dejó cautivar por la elegancia y el glamour de la mansión que ahora visitaba. Después de haberle echado un poco de azúcar a la tasa de porcelana francesa, sorbió el café, la regresó al plato. Se recargó en el mullido sofá adornado con cojines de terciopelo rojo y verde.

Cuando llegué a la sala mi amiga se levantó como resorte. Impulsó su cuerpo para encontrarlo con el mío, nos estrechamos en fuerte abrazo. Nos separamos un poco,

nos miramos a la cara; de la sorpresa pasamos a la euforia. Sus facciones se transformaron. Sus ojos se humedecieron, los míos también. El encuentro con mi mejor amiga no era poca cosa. Después de un silencio forzado por las emociones, articulamos frases.

—¡Cuánto tiempo separadas! ¿Por qué? Éramos grandes amigas, Rossina. Nuestras palabras rompieron el silencio que invadía la casa.

—¿Qué fue lo que nos separó? —le pregunté sin esperar respuesta— ¿Por qué lo permitimos? Siempre me hiciste falta.

—Pasaron años sin saber una de la otra, mi querida Rossina.

Mi amiga derramó lágrimas de alegría, lo mismo me ocurrió. Nuevamente nos abrazamos, nos sentamos una al lado de la otra. Una vez controlados los sentimientos le di a mi amiga una servilleta de papel para que secara sus lágrimas que rodaban por las mejillas. Sequé las mías.

—Oh dulce e inesperada alegría, estás a mi lado como cuando éramos chamacas. Voy a acompañarte con un café —le dije.

Llamé a mi cocinera, le solicité el café.

—¿Cómo diste conmigo? —le pregunté.

—Llevo dos años buscándote, nadie de los amigos con los que me encontraba me sabía dar razón de ti. Hace tres meses fui a ver a un clarividente en Cuautla; entre otras cosas le pregunté de ti, que dónde te podía localizar. Me dijo que vivías en la ciudad de México, en una casa grande que recibiste como herencia de tu difunto marido. Que se encontraba en una calle donde había un cine de los más conocidos de la capital, que en cuestión de días me encontraría a alguien que me daría señas de tu domicilio. El domingo pasado, en el hotel del Bosque, de Cuernavaca, donde vivo, me encontré con Roberto Diéguez, compañero nuestro en la escuela donde estudiamos; me dio el dato que necesitaba.

—Sí, lo recuerdo: Hace años que no lo veo, la última vez lo saludé en una boda en Toluca, a la que asistimos Bladimir y yo. De ahí para acá no he sabido nada de él.

—Sí, amiga —repuso Rossina—, me platicaba Roberto que hace pocos meses vino al cine de enfrente y vio cuando salías de tu casa, te reconoció de inmediato. Pensó en visitarte. Él estaba profundamente enamorado de ti, pero su condición económica no era del agrado de tu papá... pero, en fin. Hizo dinero, ahora tiene una buena posición económica.

—Cuando mi papá me mandó a estudiar aquí —comentó Rossina—, conocí a un joven con el carácter más dulce de la tierra; atractivo, creativo, trabajador, de amorosas palabras y de altos pensamientos. Con él me casé. No podía pedir más. Creo

que fue un premio del cielo. Yo necesitaba amor y cuidado, mi alma estaba desolada y triste. Lo que me hizo tu cuñado me afectó mucho.

—Nuestro noviazgo duró cuatro meses. Un año después se graduó de doctor. Nos fuimos a vivir a Cuernavaca, allí le ofrecieron trabajo en una clínica particular.

—Supe de la muerte de tu marido, también me platicaron la mala vida que te dio. Durante todos estos años deseé encontrarte para platicarte mi historia. Tú y yo, Zalia, tenemos en común el punto donde nuestras desgracias se cruzaron.

Mi amiga se tornó expresiva, el rubor apareció en su rostro, respiró profundo, los ojos se desorbitaron, me miró a la cara, se afianzó en el asiento. Pretendiendo deshacerse de los recuerdos que le atormentaban me dijo:

—Cuando íbamos a la escuela, Ricardo, el hermano de Bladimir, me violó. Se aprovechó de mi infantil inocencia, apagó la flama de mis ilusiones. Desde entonces, aunque amo a mi marido, llevo una vida incompleta. A mi alma le dio una atmósfera muy difícil de sortear.

Rossina narraba esa parte de la historia que marcó su vida, yo no daba crédito a lo que escuchaba de mi querida amiga, pero lo creía.

—Desahógate, por favor —inquirí.

—Por eso te he buscado hermanita querida, no podía contárselo a nadie más, lo hago contigo porque eres la única persona a la que le puedo contar el daño; a nadie más lo conversaría. Hasta ahora me ha acompañado la impotencia y el coraje de lo sucedido.

—A mi marido no le cuento porque igual que yo, podría llenarse de coraje en contra de un tipo que ya Dios lo tiene quién sabe dónde, por que supe que lo mataron; —miró hacia el techo.

—Pero... ¿en qué momento se dio eso?

—El monstruoso hombre compró mi inocencia con dulces. Todavía no habías llegado al pueblo. Camino a la escuela estaba la tienda de Ricardo. Cada vez que pasaba rumbo a la escuela me regalaba dulces y chocolates, me sugería que los guardara en mi mochila y que los comiera sin que me vieran. Eso era todos los días. Me decía que si mis papás se enteraban me privarían de saborear las ricas golosinas que tanto gustaban a los niños, que les ayudaban a desarrollar su inteligencia. Eso me motivaba; me hice a la idea que elevaría mi aprovechamiento en la escuela. Me explicaba que los niños pobres no lucían esplendorosos porque nadie les daba chocolates. Lo creí.

—¿Nada sospechaste de las perversas intenciones de ese monstruo, amiga?

—No. Me parecía una persona bondadosa. Me aseguraba que los obsequios eran un premio a las niñas que mejor comportamiento tenían en la escuela. Sus

palabras me motivaban. Dos años después que me enteré que dos niñas más, no supe quienes, habían caído en las redes del desgraciado tipo.

—Yo sabía que en su tienda solo estaba un chico rato, tenía otros negocios que atender —agregó mi sufrida amiga.

—Iba al negocio para esperar mi paso, luego llegaba su empleado, un tipo con cara de degenerado. Después de haber cometido su fechoría no lo vi por semanas.

Retrocedí mi memoria hasta mi fiesta de 15 años; me ubiqué en el momento cuando Rossina externó palabras de odio contra el hermano de Bladimir, en el instante que lo vio.

—Ahora le encuentro explicación a tu furibunda reacción —le expresé. Cuando te escuché despotricar contra el tipo no alcancé a atinar de qué se trataba, no le di crédito a lo que pronunciaron tus labios. Ahora caigo en la cuenta por qué Ricardo permaneció escaso tiempo en el festejo. Cuando se retiró lo vi un tanto contrariado.

—Él sabía que mi papá era un hombre de armas tomar —dijo Rossina. Tal vez temió que en ese momento yo lo acusara y que papá reaccionara violentamente, animado por las copas de licor que ya andaban por su cabeza.

—¿Lo hubieras hecho, Rossina?

—No lo sé, tal vez me hubiera atrevido. Me hizo dudar la fama de malo del tipo; le hubiera mandado a hacer algo a mi papá. Me manipuló psicológicamente, por eso logró abusar de mí. Además, me dijo que si yo comentaba lo sucedido nadie me creería, que la gente diría que yo lo provoqué. No podía hacer más, ese hombre estaba protegido por maestros y padres de familia; no era casual los beneficios a las escuelas del lugar y a las dos iglesias del pueblo.

—¿Y qué pasó con las otras niñas abusadas por quien fuera mi medio cuñado?

—¿Por qué medio...?

—Porque era medio hermano de Bladimir por parte de papá.

—Aunque no me dijeron quiénes habían sido —retomó el comentario anterior—, me aseguraron que padecieron vidas tormentosas, que los recuerdos las perseguían, como a mí. También se mudaron de ciudad y se casaron con hombres que nada tenían que ver con Papantla. Necesitábamos distancia para sanar nuestras heridas internas, para olvidar la ruindad de un maldito hombre.

—¿A qué fuerza recurriste para guardar por tantos años tu sufrimiento, hasta ahora que me lo estás contando?

—Acudí a los poderes curativos de la oración. Me acerqué a Dios. Eso me ayudó como no tienes idea, Zalia. Duré años con ese sentimiento de culpa alojado en mi conciencia, fue una lucha interior difícil de sortear. Aunque mi razón siempre me exculpó.

A pesar de la confianza que entre nosotras existía, evité hacerle preguntas que parecerían impertinentes. Guardé para mí la curiosidad.

—¿Tu mamá sospechó algo de lo que me estás contando?

—No creo. No me hizo ningún comentario o insinuación al respecto, jamás noté algún indicio de sospecha. Por el temor que me inducía el funesto tipo yo lo ocultaba, me contuve hasta donde pude para no explotar en mil pedazos. Mis emociones estaban encontradas, me pasaba noches enteras sin dormir. Cuando me casé, aunque había decidido no contarle a mi marido nada de lo sucedido, en alguna ocasión titubee. Creo que hasta la fecha he actuado con madurez.

—Mientras yo estuve casada con Bladimir —le expliqué a mi amiga—, me platicaban cosas que hacían los hermanos, pero no fue sino hasta que murió que me enteré hasta donde llegaba su perversidad. No se cómo cabía tanta bajeza en el corazón de esas personas. Dios los tenga por perdonados.

Habían pasado tres horas de plática, el día se había nublado, el viento frío anunciaba que podría llover. Vi mi reloj, en tono suplicante le dije:

—Quédate a comer conmigo, Rossina, vivo sola, mi hijo está viviendo en Estados Unidos, se casó con una española de la misma profesión, le va muy bien.

—Gracias Zalia —me contestó— pero no puedo, tengo el compromiso de acompañar a mi marido a comer con su hermana, es su cumpleaños, nos reuniremos en un restaurante del centro. Se me hizo tarde, pero en taxi llegaré rápido.

—Que te lleve mi chofer...

—No, por el momento te necesito en el anonimato, tú me comprendes. Después lo haré, en cuanto supere este mal habido trance; faltaría muy poco, platicar contigo ha sido la mejor terapia.

Mi amiga se levantó del asiento, tomó su suéter color perla adornado con lentejuela en el frente, se lo puso, dio media vuelta, caminó hacia la puerta, se detuvo para observar una fotografía mía colgada en la pared, no hizo comentarios. En la banqueta nos abrazamos, prometió regresar una semana después, le pedí que antes me llamara por teléfono; sacó de su bolso una pluma y una libretita, anotó el número, regresó los instrumentos al bolso; pasó un taxi, se subió a la parte trasera. Cuando el auto inició la marcha volteó hacia mí, agitó la mano en señal de despedida.

En sus palabras sonaba el abatimiento emocional por el que atravesó.

Entré a la casa, cerré la reja con ambas manos, luego la puerta con la izquierda. “Fueron las personas más demoniacas de la tierra” pensé de mi difunto marido y su hermano. Dicen que está escondido de la justicia, dicen que lo mataron; quién sabe...

Yo también necesitaba platicar con una amiga con quien compartir mis penas. Y qué mejor que fue con alguien de mis afectos, como Rossina. A partir de ese